

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

HISTORIA

DEL REINADO

DE FELIPE SEGUNDO,

REY DE ESPAÑA.

ESCRITA EN INGLES POR G. H. PRESCOTT,

Y TRADUCIDA CON ADICIONES Y NOTAS,

POR DON CAYETANO ROSELL.

Habíamos anunciado las *Memorias del Diablo* para repartir con el OMNIBUS cuando concluyese el *Almanaque*. Sin renunciar á este propósito

para mas adelante, si conviene, hemos creído que los suscritores nos agradecerán de todas veras que les anticipemos la publicacion de la *Historia del reinado de Felipe Segundo*. Verdad es que para nosotros el gasto aumenta considerablemente con el cambio, pero sobre no haberlo escusado nunca cuando lo consideramos preciso, en la ocasion presente ni siquiera tiene mérito, por cuanto el OMNIBUS cuenta con una suscripcion numerosa que nos permite obrar con desembarazo y aun escedernos del presupuesto sin riesgo; y tanto es esto cierto, que muy pronto nos veremos obligados á no admitir suscripciones para este año por haberse agotado las existencias á pesar de lo numeroso de la edicion que estamos haciendo.

La *Historia del reinado de Felipe Segundo*, se publicará por tomos de á 400 páginas, poco mas ó menos, de igual forma, carácter y papel que tiene el pliego que acompaña al presente número, y de su objeto y su importancia se puede juzgar leyendo ambos prólogos, el del traductor y



el del autor. El precio de cada tomo aparte del periódico, es 46 rs. en Madrid y 48 en provincias pagados al tiempo de recibirlo. En lo que falta de año, se repartirá cuando menos un tomo con el OMNIBUS.

Se nos han dirigido algunas observaciones relativas al número de pliegos de las obras que damos con el OMNIBUS, fundadas por lo comun en la predileccion que tales ó cuales de ellas merecen á cada uno en particular. La respuesta es muy sencilla: nosotros no podemos tomar por norma el gusto de personas determinadas, sino el del

público en general; ni estamos obligados á mas que cumplir lo ofrecido. Consúltese el prospecto y se verá que hasta ahora, no solo no hemos faltado, sino que nos hemos escedido, y lo mismo haremos en adelante, porque tal es nuestra costumbre. Si al concluir el año resultan menos pliegos de los 236 prometidos entre periódico y obras, sin contar los cuadros, láminas ó mapas, ó si en cada número se dan menos de cuatro, entonces aceptaremos como justas las reconvenções, pero estamos seguros de que no se nos harán.



SUMARIO.

Al presente número acompañan: un pliego de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas. — Dos ídem, de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y el pliego 4.º de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número próximo, la continuacion de todas estas obras.

UN DUELO EN LAS TINIEBLAS.

I.

LEJOS DEL MUNDO.

Hace dos años me encontraba en U***, deliciosa aldea donde hay una acreditada casa de baños; mas que la falta de salud, me conducia alli la agreste belleza del país donde una tia mia habitaba hacia bastante tiempo.

Casi todos mis lectores se habrán aislado alguna vez del trato comun, sin un motivo al menos de que poder darse cuenta. Dias de melancolia y de hastío en que solemos reconcentrarnos en nosotros mismos, aburridos de la sociedad y del mundo cuyo rumor quisiéramos percibir: en esos momentos de vago é indefinible malestar, mi corazon combatido por contrarios sentimientos, necesitaria un desierto para poder latir libremente.

Cuando amamos, ¡qué bien armoniza la soledad con la tierna melancolia de nuestras almas!.... Alli vive el corazon, alli todo ama. Alli se goza el encanto de una poesia desconocida, lánguida como los éxtasis del placer; dulcísima como la música que adormece los sentidos.

Las auras que en las campiñas se respiran impregnadas van de suspiros y de lágrimas. ¡Ay! de suspiros y de lágrimas; ¡qué tesoro encierra el corazon amante!....

¡Soledad!... yo te busqué *lejos del mundo*, en medio del campo, bajo deliciosas arboledas; y si mi frente ardía, si quemaba una lágrima mi rostro, cariñosa venia á enjugarla con sus alas la templada brisa de la tarde.—Hoy nada tengo de lo que entonces hizo mi ventura: busco en vano la quietud en medio de forzosas diversiones y en vano pido una ráfaga de alegría á la sociedad cuya impura atmósfera me ahoga.

II.

AUREA.

Uno de los dias de mi estancia en U***, asistí á la bendicion nupcial de dos jóvenes niños; pero ¡se amaban tanto! Lucila tenia quince años y Arturo veinte. Los dos eran huérfanos.

Cuando Lucila preguntaba por sus padres, su tierna aya la respondia que estaban en el cielo, y la pobre niña lo creia: en su vida había visto otra madre que Maria. Arturo los había perdido en la cuna.

Era un sábado: el dia amaneció puro y sin nubes; un sol brillante doraba desde muy temprano el campanario, que adornado con cintas y flores parecia una bella engalanada con su traje de boda.

Cuando llegué á la iglesia, los desposados de rodillas ante el ministro de Dios, pronunciaban un sí balbuciente, tierno, amoroso. Aquel sí que estremeció sus corazones, que abría á sus deseos un mundo sin fin de felicidad, que unía dos

almas en un cuerpo hasta mas allá del sepulcro, despertó en la iria un sentimiento desgarrador. Aquel amor santificado al pie de los altares, aquel juramento solemne de amarse eternamente como si leyese en el porvenir, y este les respondiese de no faltar á él; aquella fè sincera que se leía en todas las frentes, aquel «amo á Dios» que murmuraban con fervor todos los labios; todo cuanto me rodeaba era desconocido para mí. El amor, la virtud, ¡cuán distintos los había contemplado en el mundo!

Perdida entre la multitud, vi pasar á los desposados circuidos de una aureola brillante. —Qué dichosos son,—dije siguiéndolos con una mirada como si quisiera arrancar un poco de tanta felicidad.

Cuando me disponia á salir, llamó mi atención un grupo de gente que rodeaba á una mujer. Pregunté, y me dijeron que durante la ceremonia se había desmayado una de las bañistas, mujer joven todavía y melancólica, que por la sola circunstancia de pasar horas enteras contemplando el mar la llamaban *la loca*.

Movida de un sentimiento de humanidad, la presté los primeros socorros; y vuelta en sí, la acompañé apoyada en mi brazo hasta su habitación.

Desde aquel día la mas tierna simpatía me unió á Aurea; su carácter triste, su trato dulce y cariñoso, su pasión por la soledad, contribuyó á estrechar mas y mas nuestra amistad.

Algunas veces, cuando los niños, al vernos pasar, la llamaban *la loca*, me decía Aurea tristemente: «si al menos fuese cierto, no sufriría tanto» y continuábamos nuestro paseo sin que el terrible apodo alterase su calma en lo mas mínimo.

Una tarde bajé sola á respirar el aire del mar: el tiempo estaba delicioso, ni la mas pequeña brisa agitaba las olas que dormían á mis pies.

—El mar, siempre el mar—murmuró una voz á mi espalda;—siempre ese fastidioso ruido que despierta en mi alma recuerdos dolorosos, remordimientos atroces...

Me volví y vi á Aurea que recostada en un banco de arena contemplaba el mar con una especie de frenesí amoroso.

—Amiga mia, estás pálida como una muerta; ¿sufres?—la pregunté temblando, porque una sospecha horrible había cruzado por mi imaginación.

—¿Sufrir? no, tranquilízate: hace tanto tiempo que me abruma con su peso la mano fatal de la desgracia, que el dolor es en mí una existencia. ¡Ay! cuando esa mano de hierro marca su indeleble sello sobre una frente de diez y ocho años, ¡cuán agudo el pesar, cuán sin consuelo habrá de ser el infortunio de la que habiendo vivido tan poco, tiene que sufrir tanto... para el placer breves instantes, y ¡ay! vivir para el dolor una eternidad!...

El acento de Aurea era sombrío: de sus ojos secos y ardientes no brotaba una lágrima.

—Que hermosa es la vida del campo—dije para borrar la tristísima impresión que parecía dominarla:—aquí la atmósfera es mas pura; aquí se ama mas á Dios....

—Dices bien... aquí se ama mas á Dios, porque en todo cuanto nos rodea vemos impreso el sello de su bondad, su grandeza y su poder; en el mundo ¡cuán necias somos! arrojamos á Dios del pensamiento para reemplazarle. ¿Con quién?—Con una de sus miserables y pequeñas criaturas... con el hombre.

—¿Qué locura, Aurea! ¿has pensado mas en los hombres que en Dios? Entonces habrás sido muy desgraciada.

—No tal, me he dejado arrebatar por la fuerza de mi destino, y nada mas.

—¿Has amado, Aurea?

—No sé—me replicó distraída.

—¿Cuántos desengaños habrás sufrido, si en el vértigo del mundo...!

—¿Desengaños? no, amiga mia, ni una hoja sola he visto desprenderse de la flor de mis ilusiones; he sido mas feliz, he sufrido un momento, un segundo, y despues—añadió pensativa—y despues... nada...

Eran los últimos días de agosto: Aurea no salía ya de su habitación, y pronto los médicos la prohibieron levantarse.

Una noche la enfermedad desconocida de que

era presa, pareció ceder algun tanto; las pulsaciones eran regulares, y respiraba con desahogo y tranquilidad.

—Amiga mia—dijo llamándome hacia sí,—abre esa ventana, quiero ver por última vez esa luna testigo tantas veces de mi felicidad.

Abrió, y el astro de la noche inundó de suaves resplandores el reducido gabinete de Aurea. —¡Cuánta felicidad!—murmuró con voz débil;—¡cuánta hermosura, cuánto amor, y todo, todo desapareció en una noche como esta...! Toma—añadió dándome un manuscrito—cuando ya no exista, lee eso, es una sencilla relación de mi vida.... Ahora, á Dios.... quiero estar sola.... mi fin se acerca, voy á pensar en el Supremo Juez ante cuya presencia compareceré muy pronto... A Dios.... dame la mano, ponla aquí.... sobre mi corazón.... amiga mia, mi último suspiro será para tí.... mi último recuerdo para él.....

Aurea, amiga mia.... aun conmueve las mas apagadas fibras del corazón tu recuerdo.... recuerdo dulce y terrible á la vez.... dulce cuando me transporta á los lugares embellecidos con tu presencia y me contemplo á tu lado todavía.... terrible, muy terrible, cuando pienso no te veré mas....

Cumplí religiosamente la última voluntad de Aurea; cuando abrí el manuscrito hacia cuatro días que dormía ese sueño tranquilo del que no se despierta mas.

Decía así:

I.

TE AMO.

Pasé mis primeros años en el colegio; cuando nada faltaba á mi educación, me recibieron los brazos de mi tía. Era huérfana.

Dí los primeros pasos en la sociedad: el mundo me sonrió; tuve á mis pies hombres hermosos, poetas laureados; los primeros me ofrecieron su amor, los otros sus versos y sus coronas.... Nada turbó por algun tiempo mi tranquilidad; el vértigo del mundo no me hizo sentir su influencia fatal.

«Una mujer hermosa, es desgraciada dos veces» me había dicho la directora del colegio cuando me separé de sus brazos...

Era el mes de junio, y para el día de San Juan era público que la marquesa de este nombre daría un suntuoso baile.

Mi tía había recibido esquelas de convite, y yo esperaba impaciente esa noche como una noche de felicidad.

Era la primera vez que asistía á un baile; y cuando respiré aquella atmósfera abrasadora, impregnada de perfumes, y escuché, perdida entre la multitud, los requiebros amorosos de mil amantes, y vi las miradas ora lánguidas y tiernas, ora voluptuosas y ardientes de bellísimas mujeres que incitaban al amor.... y vi sus frentes radiantes inclinadas sobre el hombro de su pareja.... Aquel aliento que se confundía, aquellos labios que temblaban, aquellos corazones que latían á compás.... toda aquella embriaguez, aquel delirio amoroso, aquella locura en fin, despertó en mi alma un deseo de fuego....

Yo quería amar ¡cuánta!.... con ese amor voluptuoso en que gozan á la vez el alma y los sentidos, quería conocer ese placer que enloquece, que mata, cuando un hombre hermoso y apasionado nos dice por primera vez TE AMO.

La orquesta preludió un wals, y nos lanzamos en medio del torbellino del baile.

Mi pareja, el marqués Luciano de Banflor, era un hombre de mundo, joven, elegante, de elevada condición, poseía el arte de agradar en su mas alto punto.

Cuando muchas veces nos hallábamos en sociedad, al encontrarse nuestras miradas, sentíamos esa atracción magnética, precursora casi siempre de una pasión vehemente.

Aquella noche, la primera de nuestro amor, gozamos esa felicidad que deja un recuerdo eterno al corazón.

Al perderse entre el tumulto las últimas notas del wals, Luciano me cogió una mano que tembló en otra mano húmeda y ardiente, y me dijo con acento apasionado: TE AMO.... Y aquella palabra tan dulce que el ángel de los sueños había murmurado tiernamente á mi oído, que yo me de-

leitaba en pronunciar en el colegio.... aquella palabra escrita con caracteres de fuego en el libro de mi alma, la escuché entre la alegría, la animación, el delirio y las voluptuosas armonías de un wals...

Noche feliz que escuchaste nuestros pensamientos, ¿cómo permitiste que á tu sombra se cobijase el crimen?... Ocho meses duró nuestra felicidad que pasaron como otros tantos minutos: ocho meses de embriaguez que en vez de amortiguar encendieron mas y mas la llama que ardía en nuestros corazones. ¡Ocho meses! al lado de un hombre amado, son un segundo de felicidad.

Obligado Luciano á ausentarse de mí por algun tiempo, no se separó de mi lado hasta el momento fatal de su marcha....

Lágrimas, súplicas, promesas, juramentos, nada faltó á nuestra despedida.

—Basta, Aurea—dijo estrechándome entre sus brazos:—me marchó, pero tu imagen no se apartará un instante de mi corazón:

—Me lo prometes?

—Te lo juro.

—A Dios, Luciano, no me olvides.

—Aurea, ámame siempre así....

Partió por fin.... y los días que siguieron á la ausencia del amado de mi alma, tristes y sombríos, fueron de luto para mi corazón.

La muerte y la ausencia causan un sentimiento igual.

II.

UN DUELO EN LAS TINIEBLAS.

Un día me anunciaron la visita de un caballero amigo de mi tía: pasé al salón y esta me presentó á don Félix de Altamira. Jamás he visto una figura mas repugnante. Raquítico, feo, jorobado, era la criatura mas deforme, mas horrible, que pudo haber salido de las manos de Dios. Pero de una fortuna colosal y de elevado nacimiento, era recibido con agrado en los salones aristocráticos donde su corazón aprendió facilmente á ser perverso y vano.

La repugnancia instintiva que sentí desde el primer día hacia don Félix, pronto se convirtió en aversión que no me cuidaba de disimular en su presencia.

El no quería apercibirse, ó realmente no se apercibía del sentimiento que inspiraba; siempre cortés y amable devoraba en el silencio los sarcasmos y las burlas, y jamás con una palabra desmintió su fina educación.

Un día nos encontramos en la antesala, ambos nos dirigíamos al salón....—Señorita—me dijo con voz suplicante.—¿Qué hará este miserable que se muere de amor por vos?—Morir y callar,—le contesté indignada por tanta audacia, y entré en el salón donde se hallaban algunos amigos.

Desde entonces las visitas de don Félix fueron menos frecuentes, y hasta llegaron á cesar.

Una carta de Luciano anunciándome su próxima vuelta, me hizo olvidar al jorobado hasta el punto de no volver á ocuparme de él.

Una hermosa tarde de agosto salí á respirar el aire del mar. Muchas veces había ido con Luciano á contemplar ese grandioso elemento desde la peña de.... espantoso precipicio del que casi siempre me separaba con horror.

Involuntariamente dirigí mis pasos á la peña fatal.

Principiaba á oscurecer.

Una que otra estrella brillaba ya en el manto azul del firmamento... ¡Qué grato era entonces aspirar las húmedas auras del Océano, y contemplar sus olas gigantescas bañadas por esa luz indifnible y misteriosa del día y de la noche! En esa hora suprema, el hombre estóico olvida su indiferentismo; el religioso murmura involuntariamente una oración, y los amantes piensan en los ángeles porque se acuerdan de la mujer que adoran.

Entonces tambien yo enlazaba en un mismo pensamiento á Dios y á Luciano.... á Luciano que me iba á pertenecer por toda la vida, que iba á llamarme mio, que iba á estar á su lado todos los días, á todas horas.... siempre ¡ay! vosotros los que amais comprendereis esta palabra... ¡siempre!

Absorta en mis meditaciones no oí los pasos

de un hombre que se acercaba, hasta que una voz conocida pronunció mi nombre. Era el jorobado.

—¿Me buscáis, don Félix?—le pregunté ocultando mi despecho.

—Os buscaba, señora—respondió;—ó mejor dicho, os seguía.... ¡Hace mucho tiempo que solo me ocupé en inspeccionar vuestras acciones!

—¿Y quién os ha facultado para eso, caballero?

—No vos seguramente, señora; pero me he tomado yo ese permiso, seguro de que vos no me le otorgaríais.

—¡Miserable!—esclamé sin poder contener mi indignación.

—Nada de insultos, señora; nada de palabras necias que nos harían perder un tiempo precioso....

—Pero en fin, ¿qué queréis? ¿Tendréis la bondad de explicaros, caballero?

—A eso voy, pero calmaos, quiero que no perdáis ni una sola de mis palabras.

—Cuando gustéis... Os escucho, caballero—repliqué temblando de impaciencia.

—Principio, señora.

Hace algún tiempo asistí á un baile donde la belleza y el lujo brillaban á la par.... pero una muger lo eclipsaba todo ¡era tan hermosa!.... Yo la vi perdido entre la multitud, y desde entonces me convencí de una verdad horrible.... que Dios al hacerme deforme y feo, me dió también corazón.

Aquella noche la ví radiante de felicidad y de amor en los brazos de otro hombre.... escuché sus suspiros.... ¡Oh! todos los tormentos del infierno, no me harían sufrir tanto....

Aquella muger fué mi pensamiento fijo, constante.... Quise acercarme á ella, pero me lo estorbó un hombre.... su amante.

Cuando este hombre marchó, las lágrimas de su amada cayeron sobre mi corazón, y le abrasaron.... También yo lloré.... pero mis lágrimas fueron de sangre.... ¡De sangre!.... porque cuando se ama una muger joven y hermosa, y esta muger vive en el mundo, en el mundo elegante, rodeada de hombres hermosos también.... y el insensato atormentado por esta pasión loca, es un miserable jorobado.... Cada lágrima es una gota candente de plomo, y cada dolor un tormento del infierno.

Cuando me acerqué á ella, la causé horror.... me despreció. Entonces.... me reí.... me reí con la risa de Satanás.... Pensé vengarme.... Estaba loco; vengarme era perderla, y yo quería que fuese mía.... mía, aunque no fuese sino un instante.... un momento no más.... Aurea, ¿habéis adivinado quien era esa muger?.... No me interrumpáis.... Quiero deciros que también me habéis hecho muy feliz.... mucho. Escuchad; cuando después de una noche de insomnio me quedaba dormido, el ángel de mi guarda eras tú.... te veía á la cabecera de mi lecho.... sentía tus caricias.... tu aliento que abrasaba mi frente.... Entonces.... loco, delirante.... te estrechaba en mis brazos, y tus labios recibían mis suspiros, bebían mis lágrimas.... Aquello era mas que felicidad.... era el cielo.

Aurea—continuó con acento apasionado, frenético—te amo; ámame tú tan solo un momento.... Mira, daría mi vida, toda mi sangre.... hasta mi salvación, por oír esa palabra de tus labios.... ¿Me amas? dímelo por Dios.... ¿verdad que me amas?.... ¿verdad....

Y el eco de las penas repitió: «¿verdad?»

Tuve miedo: el amor de aquel hombre me causaba horror.

—Caballero—dije haciendo un esfuerzo,—abusais de mi posición: yo no puedo amaros; amo á Luciano de Banflor, que va á ser mi esposo, ya lo sabéis; por lo demás, no comprendo una palabra de cuanto me habéis dicho. Si es cierto que me amáis, probádmelo.

—Dejándoos marchar ¿he? No, Aurea, estás en mi poder: ¿qué me importa tu Luciano de Banflor si te amo?.... si quiero que seas mía.... ¡mía! ¿Ves esas olas que se estrellan á nuestros pies?... tal vez serán nuestro lecho nupcial.—Y me enseñaba el precipicio gozándose en prolongar mi agonía.

—En verdad, caballero, que dais lástima—repliqué con la mayor sangre fría; conocí que había que jugar el todo por el todo.—¿Creeis que me intimida la muerte? si ella solo me libra de vuestra presencia, la deseo.

—Mentira, Aurea, eso no puede ser cierto.... no.... no he amado tanto tiempo para que me desprecies, no he gastado mi vida en adorarte para que te sea odioso.... eso sería horrible....

—Si, horrible, muy horrible, caballero.... Pero no os parece mucho mas horrible haber conocido toda la embriaguez de las caricias, todos los encantos de una pasión, todas las delicias del amor? Decid, ¿no os parece mas horrible haber conocido todo eso, y después de tanto delirio, de tanto placer y de felicidad tanta, haber de optar entre una acción infame ó una muerte segura? decid.

—Y vos, señora, ¿habéis conocido todo eso? ¿Habéis apurado esa copa divina ¡ay! rota, despedazada antes de llegar á mis labios?... Pues bien Aurea, dame un poco de tanta felicidad....

En aquel momento ya no escuchaba á don Félix. El recuerdo de Luciano, del hombre que era mi amor, mi gloria, mi vida, que lo era todo, llenaba enteramente mi imaginación.

Don Félix había salvado la pequeña distancia que nos separaba.... Su brazo rodeó mi cuerpo que empezó á temblar.... Jamás me había parecido tan repugnante, tan feo, como en aquel momento....

No sé lo que hubiera pasado entonces, si un ligero ruido que sonó á nuestra espalda no hubiese llamado su atención.

—¿Quién va?—preguntó el jorobado con voz de trueno, pero nadie contestó: los pasos se acercaban.—¿Quién va?—volvió á preguntar.... Aurea—contestó una voz que estremeció mi corazón.

Me había salvado.

Luciano me estrechaba en sus brazos prodigándome las caricias mas tiernas. Todo lo habíamos olvidado, excepto nuestro amor.

El jorobado, testigo mudo de aquella tiernísima escena, temblaba de cólera: yo le ví y temblé también, pero se lo dije á Luciano. Entonces desprendiéndose de mis brazos, se acercó á don Félix, y ambos sacaron sus espadas....

Aquel duelo me pareció un asesinato.—Deteneos—grité precipitándome entre los dos, y en aquel choque inesperado se rompió la espada de don Félix.

Entonces cesó el combate, y Luciano arrojó la suya al mar.

—¿Traéis pistolas?—preguntó el jorobado.

—No, caballero, pero lucharemos brazo á brazo.

—Está bien, en guardia.

Quise oponerme, pero Luciano me rechazó.... y principió en la oscuridad una lucha á muerte.

¡Oh! cuando esa noche se presenta á mi imaginación, todo lo veo de color de sangre....

El silencio era sepulcral; no se oía mas que la respiración fatigosa de los dos. ¡Terrible situación en que cada segundo era una eternidad!....

Yo escuchaba, conteniendo los latidos de mi corazón que se estremecía al percibir el ruido de las olas destinadas á ser la tumba de uno de ellos.

Muchas veces me llevé las manos á la frente para convencerme de que todo lo que pasaba no era un sueño horrible.

Imposible sería explicar lo que sufrí durante aquella lucha criminal.

Era una agonía aguda y lenta como las penas eternas....

Mi corazón había dejado de latir.... y esperaba.... esperaba con ansiedad mortal.

Pasaron diez minutos.... El duelo había cesado....

Las penas repitieron un grito de muerte.... y yo escuché un ruido siniestro, como el que un cuerpo produce al caer en el mar....

Luego todo quedó en el mismo silencio y en la misma oscuridad....

Me sentí desfallecer.... una nube de sangre pasó por mi vista, y caí desmayada en los brazos de un hombre....

III.

EPILOGO.

Pasaron muchos años.... Mi vida se deslizaba tranquila en el claustro....

Hace algunos meses abandoné aquella morada santa donde pensaba acabar mis días.... Quise

conocer al hombre que iba á labrar la felicidad de Lucila.... de mi hija.

Muero tranquila, mi corazón me dice que será dichosa.

Háblala muchas veces de mí; de su madre que la amaba tanto, y cuando derrameis juntas una lágrima sobre mi tumba, yo os bendeciré desde el cielo.

Si la cuentas mi historia, no la digas toda la verdad.... que ignore siempre que su padre era el jorobado.

Oviedo y noviembre 24 de 1855.

JOSEFA SAN ROMAN.

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

Mareas.—Los astrónomos y los astrólogos.—El observatorio de Catalina de Médicis.—Las mareas en el Océano y el mar Pacífico; causa de este fenómeno, opinión de Bernardino de Saint Pierre.

Varios astrónomos anunciaron que en febrero de 1854 las mareas habían de ser muy altas y extraordinarias en ciertas costas, lo cual fué así efectivamente. ¿Cómo pueden leer en los astros los astrónomos? ¿cómo pueden leer lo que ha de suceder en la tierra? ¿cómo pueden anunciar con certeza los movimientos extraordinarios del Océano?... Tal vez recordareis con este motivo que los astrólogos antiguos leían en los astros el destino del hombre, decidiendo por medio de sus observaciones si debía ó no verificarse tal suceso, si tal acción debía tener buenos ó malos resultados. Tan persuadidas estaban las generaciones que yacen en el sepulcro de la certeza de la ciencia astrológica, que los soberanos, tan crédulos como el pueblo, tenían astrólogos á sueldo y en sus mismos palacios, para consultarlos en todo y por todo. El rey Carlos V fundó por los años 1370 y en Paris, un colegio donde su médico y astrólogo debía enseñar su ciencia; pero sobre todo Catalina de Médicis fué la que prestó completísima fé á las predicciones de los astrólogos. Así es que mandó levantar junto al palacio en que habitaba una columna que debía servir para las observaciones astrológicas. Conservada como curioso monumento de los errores y supersticiones de aquel tiempo, se enseña en Soissons á los viajeros, quienes al lanzar una mirada á esa columna sobre la cual hay una plataforma, no pueden menos de compadecer á los hombres de una época en que se creía conocer el porvenir observando los astros.

Las predicciones de nuestros astrónomos son de muy diversa índole, y nada tienen de comun con la astrología de los tiempos pasados. En los modernos se ha procurado conocer por medio de la observación del cielo, no los destinos humanos, sino los movimientos de los astros; y gracias á perseverantes estudios y á buenos telescopios, se ha logrado calcular con exactitud la rotación, es decir, el movimiento de los astros en torno de otros que les sirven de centro, conociendo la posición que en el firmamento ocupan en todas las épocas del año.

Veamos ahora cómo pueden anunciar las altas mareas, y para llegar á esta explicación, veamos lo que son las mareas, y que relaciones tienen con los cuerpos celestes.

En las costas del Océano, las aguas del mar suben todos los días casi por espacio de seis horas, y después de permanecer estacionarias un cuarto de hora poco mas ó menos, invierten otras seis horas en descender para tomar su nivel acostumbrado. Empero media hora después nótese igual movimiento, y las aguas están subiendo seis horas, permanecen quince minutos á esta elevación y tornan á bajar; movimiento de alza y baja, de flujo y reflujo, que se llama marea. Ya veis que hay en nuestras costas dos mareas en menos de veinte y cinco horas. Las de cada día atrasan un poco con relación á la de la víspera, al paso que la elevación á que llega el mar siempre es la misma, excepto en los casos de que hablaremos en seguida. Las mareas no se verifican en los mismos momentos en todos los puertos del Océano, lo cual consiste en la configuración de las costas, ó en la mayor ó menor anchura de los ríos que desembocan en el mar; en una palabra, en los mayores ó menores obs-

táculos que encuentran las olas del Océano, en el movimiento regular y diario. Así hay notable diferencia entre las horas de las mareas en los diferentes puertos, pues en uno llega la marea á su término á la una del día, mientras en otro no concluye hasta las seis ó las siete de la tarde.

La marea es mas débil en los brazos de mar cuya entrada es estrecha, como por ejemplo, en el Mediterráneo, lo cual se explica por la resistencia que ofrece á las olas al penetrar en ese mar el estrecho paso que están obligados á atravesar, y que por precisión debilita su impetuosidad. En los ríos penetra algunas veces muy lejos, y así es como se hace sentir en Rouen, á pesar de los rodeos que el Sena da desde su embocadura hasta dicha población, una de las mas ricas de Francia.

En el mar Pacífico ofrece la marea fenómenos particulares: en la costa de la Nueva Holanda, en la de la Nueva Bretaña, en Taiti y otras islas, solo hay una marea en veinte y cuatro horas, como que el mar emplea doce en subir y otras tantas en bajar. Sin embargo, en las islas de Sandwich, en la costa del Kamtschatka y en otras partes, hay dos mareas al día, ni mas ni menos que en las costas de Europa.

Si quereis ahora saber cual es la causa que produce las mareas, os diremos que los sabios la atribuyen á la *atracción*, es decir, á la fuerza que el sol posee de atraer hacia él los cuerpos celestes que giran en derredor de su globo, y sobre todo la parte líquida de estos cuerpos. Según este principio, el sol debe producir efecto de atracción sobre los mares de este globo, supuesto que este gira en derredor de su eje, presentando cada día al sol la superficie de sus tierras y sus mares.

La luna al parecer ejerce el mismo influjo aunque en grado menor sobre la tierra de quien es satélite; y como está infinitamente mas cerca de nosotros que el sol, atrae con mucha mas fuerza que el astro del día las aguas del Océano. De consiguiente el sol y la luna son los que producen la marea, merced á su accion sobre el mar, y esta marea es mucho mas fuerte en la época de la luna nueva y la llena, es decir, cuando el sol, la tierra y la luna se encuentran en la misma direccion, es mas fuerte, decimos, que cuando el astro de la noche está en su primer cuarto ó en el último. Al acercarse los equinoccios, crece la fuerza de los mares, y por lo regular en esa época, á saber, al fin de invierno y al principio del otoño, es cuando llegan á su mayor altura, siendo mas temibles para los que habitan en las orillas del mar.

Ahora comprendereis como los astrónomos pueden asegurar por la posicion de los tres astros entre sí, el estado de elevacion que deberá tener la marea en nuestros puertos, ó en otras palabras, la época de las mareas mas altas. De este modo se anuncian con antelacion esas mareas extraordinarias en los calendarios destinados á la marina, á fin de que en los puertos se puedan tomar las precauciones que exige esa elevacion de las aguas para la seguridad de los habitantes y los bosques.

Hay costas en que las grandes mareas suben á cuarenta y aun á cincuenta pies, por ejemplo, en San Malo (Bretaña) y en Bristol (Inglaterra). En la zona tórrida al contrario, las mareas son de continuo tan débiles que no escenden á dos pies de altura, no siendo en consecuencia temibles para las costas. Cuando los vientos soplan con fuerza en la direccion de las mareas, lo cual sucede sobre todo en la época de los equinoccios, sus efectos son mas desastrosos: entonces las olas salvan algunas veces todos los obstáculos

que les oponen la naturaleza ó el trabajo industrioso de los hombres; inundan espacios inmensos, destruyendo los diques, los edificios, los árboles, las mieses, y arrastran los restos, de los cuales siembran la playa.

Hay sabios que han explicado de otro modo la causa de las mareas. Bernardino de Saint-Pierre, cuya biografía hemos publicado en nuestro periódico, la atribuía al derretimiento regular de los hielos en los dos polos, derretimiento cuyas aguas deben refluir, según este escritor, sobre las costas en el continente; pero la generalidad de los sabios no participa de esta opinion; antes por el contrario, piensan que la fuerza de atracción que el sol y la luna ejercen sobre el globo que habitamos, basta para explicar un fenómeno tan curioso como periódico, cual es el de la marea.

MISCELANEA.

VOLCANES EN EL ARCHIPIELAGO DE SANDWICH.

La mayor de las islas del archipiélago de Sandwich Hawai, tiene hasta tres grandes volcanes, á saber: el Mauna Koa (montaña) Koa, ó sea Monte Blanco de 13,643 pies de elevacion; el Mauna Roa con 13,230 pies de altura, y el Huararai, de solo 7,822 pies de elevacion. Según noticias

erupcion no cede, llegará el torrente de la hirviente lava hasta el mar.»

LA ULTIMA VOLUNTAD DE KOSCIUSKO. La sentencia pronunciada por el tribunal superior de justicia en los Estados Unidos, en el litigio suscitado entre los herederos de Kosciusko y el gobierno ruso, ha dado lugar á la publicidad de la última voluntad del héroe polaco que hizo la guerra de América como ayudante de Washington. Hé aquí el testamento del indicado instrumento: «15 de mayo de 1798. Yo Tadeo Kosciusko, resuelto á dejar los Estados de la Union, declaro y mando: que en caso de no disponer en otro testamento cosa en contra, se haga cargo mi amigo Tomás Jefferson de todos los bienes de mi pertenencia en los Estados Unidos, comprando con su valor total, negros que yacen en la esclavitud, para en mi nombre darles la libertad, despues de bien instruidos, y hallarse en disposicion de ganarse su sustento, pagando al efecto el aprendizaje del oficio ó carrera que elijan, sin descuidar de inculcarles los principios que los constituya en honrados ciudadanos, buenos padres y madres de familia, y por último defensores decididos de su libertad y la de su patria. Instituyo como ejecutor de esta mi última voluntad al enunciado Tomás Jefferson.»

EL SERRALLO. Designase con este nombre, que quiere decir palacio, no solamente la residencia



UN DUELO EN LAS TINIEBLAS.—Perdida entre la multitud, vi pasar á los desposados.—Pág.—2.

procedentes de Hiro (estacion principal de misioneros en la costa septentrional de la isla), estaba el Mauna Roa á mediados de octubre próximo pasado en plena agitacion, despidiendo su cráter con furia la candente lava, despues que ya durante 63 dias lo habia hecho; si bien con menos violencia. «Nuestra atmósfera se halla muy cargada de nubes de humo y gases, y los rayos del sol depositan su quebrantado brillo sobre la campiña que presenta un espectáculo de siniestra hermosura. El torrente de lava que se precipita por la vertiente de la montaña, es tan inmenso, que cubre ya en la llanura una extension de algunas millas. La corriente principal, contando los serpenteos que describe, tendrá por cálculo medio, cuando menos, unas 50 millas inglesas de largo y tres de ancho. Su direccion es exactamente á nuestra bahía, y si la terrible

propia del emperador de la Turquía, sino tambien las habitaciones de los altos funcionarios de su corte y del imperio, así como de los embajadores europeos, si bien las últimas son en su mayor parte mas bien unas barracas. El serrallo edificado en 1467 bajo el reinado da Mohamed II, constituye por sí solo, á causa de su extraordinaria estension, una ciudad, bañado del mar por dos costados, mientras que el tercero da contra la ciudad. Forma en pequeña escala el mismo triángulo que describe en dilatado desarrollo Constantinopla; tiene doce puertas, un circuito de una hora de camino y unos 7,000 habitantes.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8